

1. Tres aspiraciones se cruzan en un duro juego: Ser moderno, seguir siendo élite, salir del atraso.

La década de los cincuenta muestra para Colombia y su capital tres fuertes apuestas en una mesa ruda en la que brilló el juego fuerte. Ellas fueron: una, llegar a ser modernos, otra, continuar siendo elite, la tercera, salir del atraso. Podría decirse que estas fueron las tres vertientes de la modernización.

Pero sacó también a la luz otros dos hechos: la falta de ideas precisas de cada una de estas aspiraciones “modernas” y la dura disputa por el podio.

Sin mucho riesgo de error, y tomando como referencia los documentos de la época, se podría trazar el siguiente cuadro:

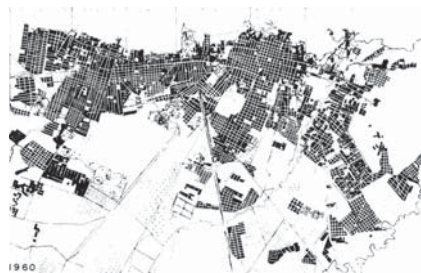
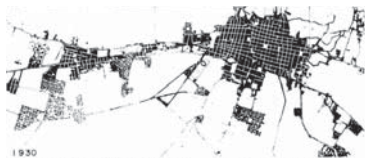
- Para una parte de las clases acomodadas, aquellas de pensamiento liberal, escasas en la pirámide social, el problema clave era realmente la falta de modernización, la falta de mundo.

- Pero otro sector, era inminente el advenimiento de un período de atraso, si avanzaba la disolución de la tradición cristiana como guía en la conformación de la sociedad colombiana y si se fortalecía un proyecto que supuestamente ponía en riesgo los fundamentos de la propiedad, la tradición y la familia. Este sector, reivindicó un modelo civilizador: la España “imperial y cristiana” del Franquismo. Fue un discurso que se asentó en la firme convicción de que la pérdida de hegemonía de los elegidos, “civilizados y cultos”, significaría un salto a la barbarie. Ante esta disyuntiva, apelaron al terror.

- Finalmente, la masa pobre, tuvo quizá una visión más pragmática: salir del atraso, superar la miseria. Esta era quizá su apreciación de la modernidad. Esta aspiración adquirió un enorme músculo político en Colombia en la década del cuarenta. Su caudillo, de enorme influencia popular, hizo trepidar al país con una tesis simple: la plutocracia colombiana no concebía como objeto de modernización y progreso a los pobres, ellos seguirían condenados al atraso. Y su llamado, ¡ a la carga! termina con el líder asesinado y el dramático “bogotazo”. Sin embargo tuvo razón, este sector no hacía parte de la largada.

1 Así, las aspiraciones modernas son bien distintas. Significan cosas muy

6



1

1. Crecimiento de Bogotá. 1890-1930-1960
2. Vista aérea del entorno de Bogotá, años 50



diferentes. Y también las percepciones del atraso. Los puntos de referencia no son comunes, no hay un acuerdo, ni se construye un proyecto colectivo.

Si la mirada se extiende sobre el horizonte más amplio de América latina, la historia mostró que el círculo del poder en la región afrontó esta etapa con tres cartas claves: divisas, inversiones y dictaduras.

En Colombia, también se compartió finalmente este escenario. Primero llegaron las divisas: al terminar la guerra, Colombia llega a cubrir el veinte por ciento del mercado mundial del café con precios además en alza. La balanza de pagos se recompone y los ingresos de la nación cafetera se incrementan.

Luego llegaron las inversiones: además de las que atrajo la propia economía cafetera, los empréstitos para explotar petróleo y construir obras públicas también registraron cifras gruesas en la contabilidad nacional.

Finalmente llegó la dictadura: después de Argentina, Venezuela, Perú, Santo Domingo y Paraguay, Colombia incursionó en el incierto camino de la dictadura. Primero con formalidades constitucionales (1946, y 1950, con gobiernos surgidos de elecciones) y finalmente con un golpe militar (1953) que eufemísticamente se denominó un “golpe de opinión”.

2. La expresión de esta diversidad en Bogotá

En este abigarrado escenario de aspiraciones, Bogotá es un laboratorio en el que se expresa la puja de estas fuerzas y así se inicia el camino a la metropolización.

Después del episodio terriblemente patético el “bogotazo” en el que los pobres de la ciudad quisieron vengar la liquidación violenta de su esperanza por salir del atraso, cada fuerza desplegó su experimento y ello quizá explica lo intenso del proceso y también su resultado multiforme.

Lo interesante es que a pesar de que se renunció a un camino común, ello no logró disuadir a quienes no fueron convidados al banquete oficial. La década de los cincuenta, por lo que se ha podido registrar, es también una década de grandes ilusiones y profundas esperanzas, en medio de un enorme trauma histórico.

Este ímpetu se palpa en las aspiraciones por la educación, en la proliferación de universidades en Bogotá, en el afán por acceder a los ámbitos de la cultura y la creación, en el éxito de los cinematógrafos, en el despliegue de la radiodifusión, en el auge de las revistas literarias, en la construcción de nuevas áreas residenciales, de novedosos equipamientos urbanos y en la pasión por la vida urbana.

La ebullición brota a través de una epidermis porosa. La ciudad es tal vez la corteza más sensible. Los proyectos acariciados y las aspiraciones contenidas, sueltan amarras. Las referencias son de corta o larga distancia. Unos ven como objetivo hacerse parte del mundo civilizado y próspero. Otros tienen como objetivo hacerse parte de la ciudad.



3



4

Para el círculo “cosmopolita” bogotano, pequeño por cierto, la aspiración más sentida es ese contacto con el mundo moderno de los treinta años gloriosos.

Para la provincia colombiana, ir a Bogotá, radicarse en ese espacio, se convierte en una aspiración compartida por varios grupos sociales. Se desplazan a esta ciudad dirigentes de varias regiones del país en búsqueda de participación en el poder, de educación para sus hijos, de oportunidades de inversión.

Familias campesinas también buscan la ruta de la capital, unas espoleadas por la violencia rural, otras buscando la redención de la pobreza.

En ambas perspectivas, Bogotá, o es el punto de partida, o es el punto de llegada. Pero la vieja ciudad histórica es estrecha, ya no resiste en ninguno de los dos propósitos. Ya no caben, ni los hogares de los acomodados, ni los hogares de los inmigrantes pobres. Unos salen a vivir a los barrios residenciales al norte. Los otros, a los barrios obreros del sur y el occidente. El centro debe renovarse y dar paso a nuevas actividades. Este es su movimiento interno, su reacomodo biológico. La inmigración plantea entonces retos a la ciudad: áreas de residencia, servicios urbanos y una nueva base productiva, administrativa y fiscal.

3. El inicio de la ruta metropolitana.

En cifras gruesas, Bogotá registra transformaciones demográficas y urbanísticas de las siguientes proporciones:

a. el censo de 1938 registra una pequeña ciudad andina de 335.000 habitantes que representa el 3.8% de la población del país, que pasa en 1951 a una población de 715.000 (censo 1951) y a 1.697.000 en el censo de 1964.

b. Bogotá registra unas tasas intercensales de crecimiento poblacional de 5.3% y 5.8% respectivamente, lo que la colocó entre las más altas del mundo.

c. El área urbana registrada en 1938 es de 2.514 hectareas y en 1958 se ha incrementado a 8.040 hectareas, en virtud de la transformación de Bogotá en Distrito y la urbanización creciente.

d. En el censo de 1951 las viviendas representan el 94.5% de las edificaciones de Bogotá.

e. Los hogares de la ciudad en la década del 50 son mayoritariamente inquilinos y no propietarios.

En este contexto se inicia el proceso de metropolización de la ciudad. La creación de una nueva base productiva, administrativa y fiscal se resuelve, en primer término, convirtiendo a Bogotá en un distrito especial anexándole seis municipios vecinos. En segundo término con una reforma del aparato administrativo y en tercer término con una reforma fiscal, que independiza los recursos del distrito, del fisco del Departamento de Cundinamarca.

3 y 4. Imágenes del centro histórico de la ciudad de Bogotá, años 50

5. Aeropuerto internacional El Dorado, 1956-60. Cuellar Serrano Gómez

9



5

6. Bogotá. Ubicación de los proyectos.

- a. Barrio Los Alcázares, 1947-50
- b. Centro Urbano A. Nariño, 1951-58
- c. Unidad vecinal de Muzú, 1949-73

El paso de la ciudad a Distrito se acompaña de la construcción de una renovada estructura administrativa. Se crea un nuevo modelo de empresas de servicios públicos y se originan nuevas entidades públicas de carácter sectorial.

La ciudad es objeto de una importante inyección de recursos públicos, pero también se convierte, al parecer, en un refugio para la inversión privada, que no encuentra seguridad en el resto del país, azotado por la violencia política.

Desde la formulación del Plan Nacional de obras públicas (1946), el transporte y las comunicaciones refuerzan el papel de enlace de Bogotá y por ello la red troncal de carreteras y ferrocarriles, la navegación aérea y las telecomunicaciones tienen un impulso significativo en la década del 50 en Bogotá. La inversión pública es particularmente importante en la construcción de las primeras autopistas urbanas, la del norte y la del sur, el Aeropuerto internacional El Dorado y la incorporación de la televisión.

La planeación entra como tema fuerte en el urbanismo y la administración pública. En estos años, en Colombia y Bogotá se hace un ejercicio que resulta singular en América Latina. Se puede denominar como la época de los cuatro planes.

El gobierno nacional elabora dos: el Plan nacional de obras públicas (1946-1950) e intenta el diseño del primer Plan de desarrollo económico (1950) asesorado por una misión del BIRF, a cuya cabeza está un consejero económico del presidente Roosevelt, el economista Lauchlin Currie.

Por su parte, el gobierno de Bogotá contrata a Le Corbusier y a la oficina de Paul Wiener y José Luis Sert, para elaborar el Plan regulador.

El Consejo Nacional de Planificación elabora el Plan para Bogotá (Plan administrativo y fiscal, que complementaría el Plan regulador) bajo la autoría de L. Currie y E. Peñalosa Camargo. Los “cuatro planes” hacen propuestas de modernización para Bogotá.

Este activo panorama con el que se inicia la década del 50 se verá reflejado en innovaciones en varios campos: la formulación de los planes urbanos, el auge de la arquitectura, la conformación de nuevas instituciones y organizaciones empresariales y la aparición de nuevas zonas de residencia.

Así, la arquitectura y el urbanismo de los cincuenta harán un aporte y un esfuerzo especial en torno al tema de las áreas residenciales, y los equipamientos urbanos.

Tres proyectos pioneros son significativos en materia de áreas residenciales. Dos, representativos de la tipología de la urbanización de vivienda unifamiliar, y otro, de la tipología de la vivienda multifamiliar.



Los Alcázares, 1947-50

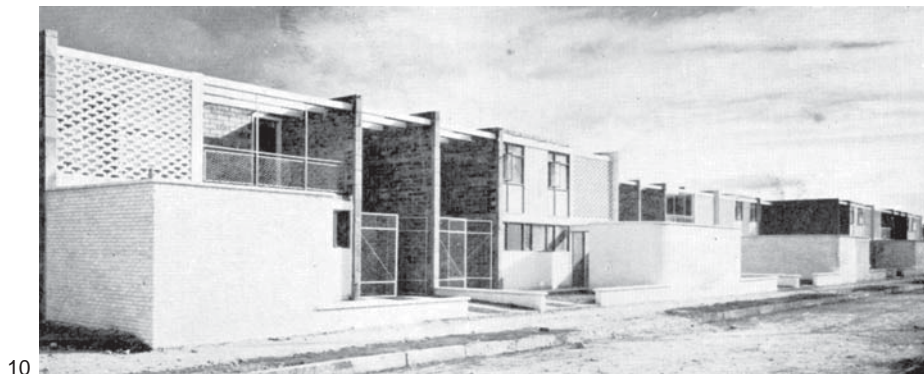
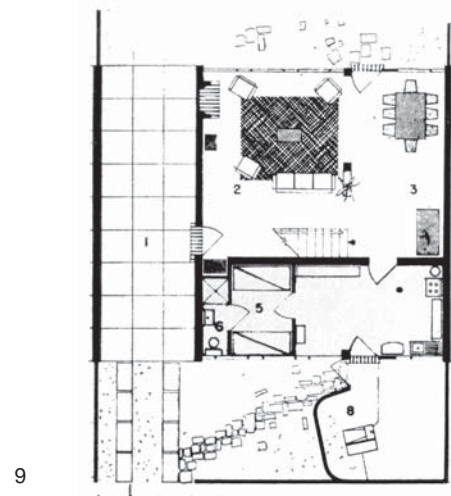
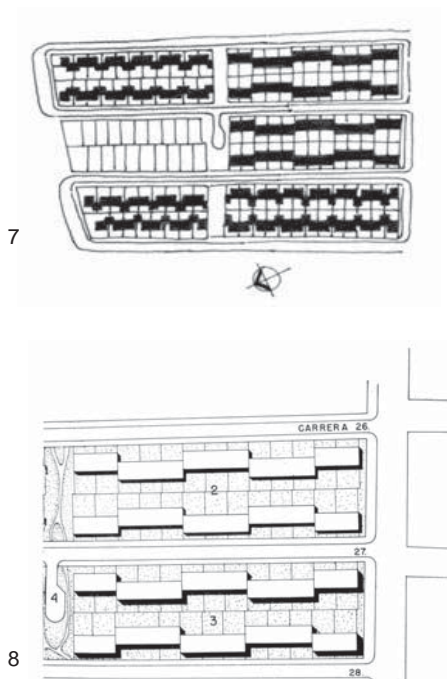
El proyecto para el barrio Los Alcázares (1947-1950) fue promovido por el Instituto de Crédito Territorial (ICT) como una nueva área residencial en el nororiente de la ciudad. Adjudicado mediante concurso público, el proyecto para “casas de empleados” fue considerado la primera realización de un barrio completo de esta institución estatal en la ciudad. Calificado como un proyecto de transición entre el urbanismo tradicional y el moderno, fue el resultado de diversos estudios para la optimización del parcelario y un replanteamiento de la relación entre la morfología del conjunto y la tipología edificatoria propuesta. Esta propuesta ofrecía una nueva idea de habitar en la ciudad para una naciente sociedad moderna.

El urbanismo propuesto responde a la inquietud por obtener un modelo que se alejara del patrón urbano establecido por la retícula de la ciudad tradicional. El resultado, innovador para el momento, establece una notoria disminución del área requerida para vías vehiculares y conforma una manzana de rectángulo alargado que elimina los centros de manzana, permite una mayor ocupación del suelo, menos área ocupada en el lote y separación vehículo-peatón. Estos parámetros son claves para la formulación de futuros proyectos de vivienda unifamiliar promovidos por el estado.

La imagen resultante se deriva de la integración de una casa pareada, organizada de forma lineal constituyendo un conjunto homogéneo. Adicionalmente y como demostración de la idea de una ciudad moderna, se incorpora una gran zona verde con equipamientos colectivos, iglesia, escuela, centro cultural y campos de juego. Además su estratégica ubicación le permitía conectarse de manera rápida con la ciudad por su cercanía al tranvía eléctrico, a las rutas de buses y a la estación del ferrocarril.

Barrio Los Alcázares, 1947-50

7. Planta de la ordenación general
8. Esquema de agregación
9. Planta de una unidad
10. Vista exterior



Unidad Vecinal de Muzú, 1949-73

Una experimentación posterior del ICT, buscó el modelo ideal para la vivienda obrera. El proyecto para la Unidad Vecinal de Muzú (1949-1973), contrario a lo proyectado para los Alcázares, viviendas para empleados, propuso minimizar y optimizar los espacios de cada unidad y a nivel urbano romper con el esquema tradicional de ciudad mediante la desaparición total de la manzana.

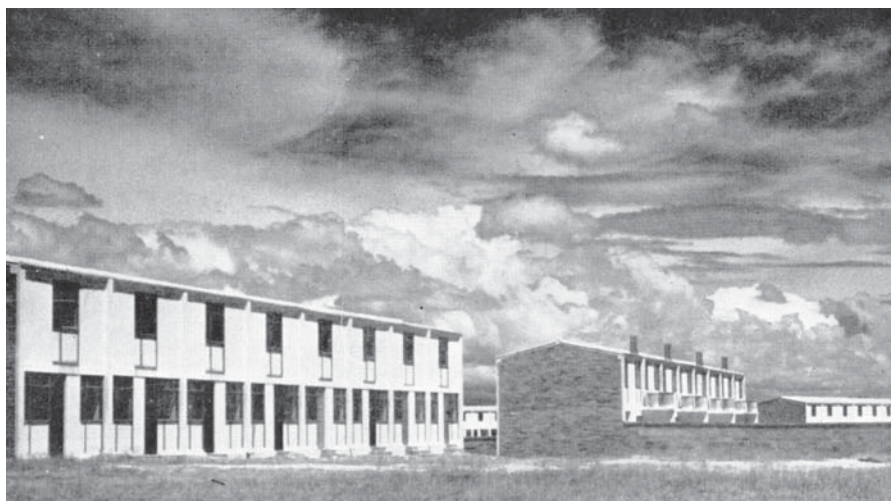
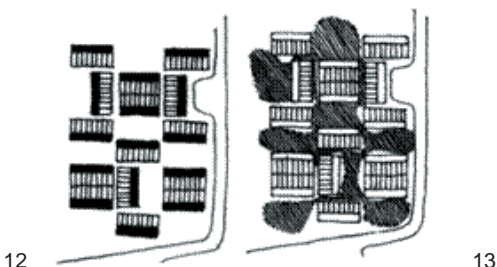
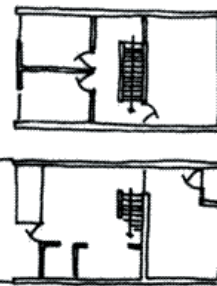
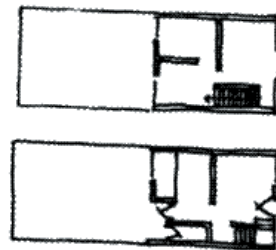
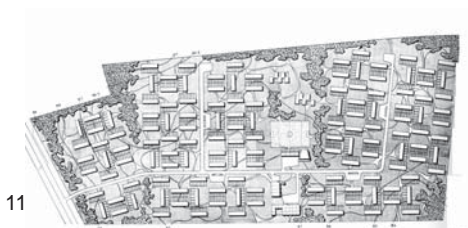
El modelo urbanístico propuesto se compone de una supermanzana, una extensa red peatonal que conecta la vivienda con los equipamientos colectivos propuestos y una red vial aparentemente incompleta en la que una sola vía atraviesa todo el proyecto rematando en un "cul de sac".

En esta supermanzana, se identifican varios esquemas de agrupación de las unidades de vivienda. Hay un concepto global de la Unidad Vecinal en Muzú (el conjunto completo), compuesto a su vez por 7 subgrupos. Cada uno contiene 2 agrupaciones formalmente distintas que se repiten y cada hilera de ocho casas tiene conexión directa con un espacio público. Es decir que el modo particular de agrupar las viviendas corresponde a la intención de generar espacios de encuentro, vida en comunidad y núcleos de identidad local. Sumado a esto, los equipamientos de barrio: escuelas, centros comerciales, iglesias brindan la condición de autonomía al planteamiento.

La agrupación final de ocho casas (no muy distinta a la planteada en Los Alcázares) vuelve a la imagen de casa pareada en hilera que construye la idea de paramento, en algunas ocasiones, y la de ese espacio abierto que suprime la idea de antejardín planteada en proyectos anteriores.

Unidad vecinal de Muzú, 1949-73

11. Planta de la ordenación general
12. Esquemas de agrupación
13. Plantas de varias unidades
14. Vista exterior



Centro Urbano Antonio Nariño (CUAN), 1951-58

Este proyecto fue la primera experimentación del Ministerio de Obras Públicas y de algunas firmas de arquitectos colombianos en el tema de la vivienda multifamiliar de alta densidad bajo la tipología de la Unidad Habitacional o Centro Urbano, en clave latinoamericana. En Bogotá, la vivienda colectiva en multifamiliares había incursionado débilmente a través de pequeños edificios de renta en algunos barrios residenciales.

El contraste del perfil urbano que propuso el CUAN fue notorio en el contexto de la ciudad bogotana de la época, caracterizada por edificios de poca altura y vivienda de baja densidad. Además fue uno de los primeros proyectos urbanos que propuso una forma de vida colectiva. Entendido como Unidad Habitacional es el modelo de vida y desarrollo planteado por el movimiento moderno.

En este proyecto participaron los arquitectos: Néstor C. Gutiérrez, Daniel Suárez Hoyos, Rafael Esguerra García, Enrique García Merlano, Alberto Herrera, Juan Menéndez, Jaime del Corral y Álvaro Cárdenas. Inicialmente proyectado por el Ministerio de Obras Públicas y retomado posteriormente por el ICT.

Tres nuevos elementos urbanos se introdujeron en la Unidad Habitacional del CUAN: la supermanzana, el Bloque y el Equipamiento Comunal de mayor formato. También se introdujo una nueva morfología en el área residencial con el tratamiento del espacio verde comunal y la red peatonal. La supermanzana generó un nuevo esquema en el trazado de vías, una de ellas de alto flujo (se había construido recientemente la avenida de Las Américas que enlazaba el centro con el antiguo aeropuerto de Techo), así como contenedor de la nueva tipología de bloques exentos en el paisaje y unidos por una red peatonal. Dos tipos de bloques residenciales, de cuatro y doce pisos respectivamente se dispusieron en la periferia, a modo de marco y con-

figurador espacial, liberando el centro para los espacios abiertos comunales y los equipamientos colectivos destinados a oficinas para administración, bancos y consultorios, servicios como cafetería, colegio para niños y niñas, mercado, teatro e iglesia, entre otros.

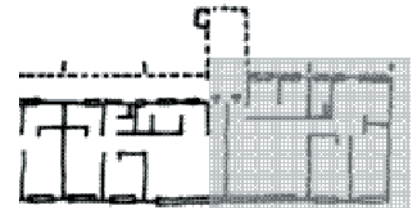
Inicialmente la propuesta incorporaba la planta libre para el primer nivel de los bloques altos, en un intento de traducción de las ideas de la Carta de Atenas.

Existen tres tipos de bloques, dos para uso residencial y un tercero para los servicios y equipamientos. Los bloques residenciales bajos contienen cuatro apartamentos por piso de una misma tipología y los de doce pisos, ocho apartamentos por piso con seis planteamientos de unidad distintos. En los bloques altos los apartamentos son servidos por corredores (galerías) ubicados cada dos pisos y cada bloque cuenta con ascensor y cuatro núcleos de escaleras.

Juan Carlos del Castillo es director de la Maestría en Urbanismo de la Universidad Nacional de Colombia

Centro Urbano Antonio Nariño, 1951-58

- 15. Planta de la ordenación general
- 16. Planta de una unidad
- 17. Vista aérea



13

